

caballeros de la comarca, presididos y encabezados por el conde, pasaban ligeros en alegre cabalgata y dirigían á Catalina una mirada, semejante á la que dirigiera el milano á la tórtola, minutos antes de lanzarse cruel sobre su cuerpo. Y Melchor apareció en aquella oportunidad y enseñó á Santiago el ave rapaz, que se ocultaba en los giros del aire, chillando, y la rapaz cabalgata que se perdía, riendo, en la polvareda del camino.

CAPÍTULO V.

EL MILANO.

Al anochecer, las águilas se repliegan por las almenas y las murallas del castillo feudal; y las damas y los caballeros se repliegan á su vez por los salones. El ligero jinete que había visto de lejos, como una ilusión de sus ojos, á la novia de Santiaguillo, era el conde feudal de la comarca, tan célebre por sus crueles tiranías como por sus exaltados amores, y á quien pagaban el tributo de su trabajo todos los plebeyos y el tributo de su amor todas las plebeyas de los alodiales contornos. Llamábase tan terrible personaje feudal conde y señor de Helseinstein, títulos en su sentir bastantes á darle paso hasta el granero y hasta la cama de todos sus vasallos. Inútilmente los pobres apartaban á tan codiciosa vista el mejor corderillo y á tan co-

dicioso deseo la hija más bella: su aguzado y penetrante olfato husmeaba las presas con la triste habilidad del hurón, aunque bajo setenta estados de tierra se ocultasen. Y cuando, tras requerirlas mucho, las había en su insaciable sed á mano, gozábala, si eran mujeres, con la voluptuosidad asquerosa del mico; y devorábala, si eran hombres, con la cruel voracidad del buitre. Repleto de oro, sudado por sus siervos gota á gota; y harto de placeres, por sus siervas procurados noche á noche, pedía en sus hartazgos á la variación, propia de su epicúrea versatilidad, el alimento á sus sentidos, embotados por el uso y el abuso de todas las sensaciones. Aquella noche con su apetito se había despertado su lengua; y antes de llegar al castillo, hablaba sin tasa y sin medida, como le pedía el gusto, á rosó y belloso, en la vivacidad ó enardecimiento de su sangre y en la ligereza ó volubilidad de su pensamiento; mas, en cuanto llegó, redujose á profundo silencio.

Al entrar bajo la torre del homenaje, por los rastrillos que abrían paso principal á su madriguera, sobre la puente levadiza echada en amplio foso lleno de agua, el vibrar de las armas requeridas, el toque de las corne-

tas señoriales, el paso de los caballos veloces, el aleteo de los halcones fatigados, el ladrido de los perros, el chasquear de los látigos armaban tal estruendo, que hubierais creído su llegada el arribo de toda una población, la cual iba, no tanto de caza como de guerra, en aquellos tiempos de aventuras particulares y de públicas y horrorosas tormentas.

Al oír tal ruido la castellana, la condesa, dejó el cuarto nupcial donde campeaba su lecho de matrimonio, grande como una estancia, cubierto de brocados, oliente á puras esencias; y salió al salón principal del castillo custodiada de sus damas, como pudiera salir una reina. Caía por sus espaldas un velo blanco, del cual, con gracia se adelantaba sobre la frente agudísimo triángulo, mezclándose luego con las trenzas de los cabellos, recamadas todas y ceñidas de áureas y esplendorosas franjas. Rico manto de terciopelo carmesí, cuyas rojas tintas templaban los albos encajes del velo, arrastraba por tierra largamente, y se suspendía de los hombros con tres ó cuatro cordones de rica pedrería. El traje de damasco, muy ceñido, se le ajustaba con áureo cinturón al cuerpo y con blanca gola al cuello, perdiéndose las mangas de tal modo, que rozaban casi con

el bordado inferior de tan hermosa vestimenta. La señal de su dignidad era una piel de marta, suspendida ligeramente al hombro y enlazada en el brazo derecho, sobre cuya muñeca, en lugar de brazaletes relucían múltiples cadenas de oro, enrolladas como serpientes. La corte de damas que la servía rivalizaba con la condesa en lujo y hermosura, vestidas todas á usanza de aquellos tiempos, según los diversos grados de sus respectivas estirpes.

La pública opinión creía hija bastarda del Emperador Maximiliano á la señora del castillo de Helseinstein; y su aire y su presencia y sus facciones confirmaban los dichos de aquel sordo rumor. El cabello rubio de la gran dama tenía mucho, muchísimo de lacio. Sus ojos azules y rojos despedían una luz mortecina. La quijada de abajo, más saliente que la de arriba, señalábala con el sello distintivo de su imperial estirpe. La piel muy blanca y la color muy subida completaban las particularidades varias de su rostro. En el grueso labio de abajo se le pintaba el desdén á los demás y en el fino de arriba la doblez y astucia de quien ha nacido y criándose allá en las alturas de los palacios y entre las sirtes de las cortes. La condesa

de Helseinstein amaba tiernamente á su esposo é hijos, gustando más del hogar que del mundo. La escandalosa vida del conde apenas la maravillaba, no obstante ceder toda ella en su daño y detrimento. Bastarda de reyes, habida de ganancia como se decía en nuestras crónicas, acostumbrada desde la niñez á ver esa relajación de costumbres que tanto embota el sentido y encallece la conciencia, contentábase, como la sultana primera en los serrallos orientales, con la primacía entre tantos amores al suyo subordinados; y la constancia entre tantas inconstancias de su señor y dueño.

Como si estuviese de gran ceremonia, sentóse la condesa en su silla de honor, que semejaba un elevado trono, esculpida de maravillosa suerte, bajo un dosel ó solio, mientras sus compañeras se sentaban indistintamente y á su gusto, ya sobre banquetas, ya sobre bancos galanísimos, ya sobre los cofres forrados de cordobán con flores áureas y tachonados de clavos y herrajes bronceos. A un lado y otro de aquel sitio de honor campeaban los grandes armarios artísticos incrustados de nácares y marfiles, de plata y oro, con grotescos bellísimos copiados de los relieves romanos, y esculturas

fantásticas, llamadas quimeras, cuyos originales cortes aumentaban aún en gracia y en poesía, realizadas por el centelleo de las lámparas aquí y allá distribuidas y diseminadas caprichosamente. Sobre los aparadores, semejantes á espléndidos altares, brillaban copas de diversos tamaños y de repujados relieves, mezcladas con espejos de mano metidos en marcos de oro y plata, sembrados de perlas y embellecidos por variados esmaltes. La chimenea, entonces apagada por la estación, toda ella de mármol blanco, podía competir con los altares más bellos de las catedrales góticas en el riquísimo esplendor que le comunicaban los escudos de armas, los heraldos de ceremonia, los festones de encaje, las guirnaldas, los mil ricos adornos, entre cuyas líneas y espirales y follajes destacábanse las erguidas y airosas estatuillas simbólicas de virtudes necesarias á la nobleza, y de antiguos hechos y privilegios guardados en los viejos cartularios. Aquí un cojín oriental, allá una silla gótica, más lejos un taburete cincelado, resaltaban sobre las tapicerías de Flandes, ú ofrecían reposo á los que deseaban departir en el hueco de las ventanas, cubiertas con vidrios de colores, engarzados como la pedrería en

los metales se engarzan, dentro de finos y aéreos enverjados.

Llegó en el momento de sentarse las damas, toda la muchedumbre de los caballeros, entre los cuales descollaba el conde como un monarca entre sus cortesanos. Los gestos del magnate delataban la costumbre de imperar y ser rendida y servilmente obedecido. Su complexión sanguínea se revelaba desde luego á primera vista, y en ella se veían señales que le mostraban como una pasión andando, y esta pasión tenía toda la fuerza violentísima y toda la ceguera incurable del ímpetu y de la imprevisión. Sus movimientos en los espacios de un salón se asemejaban algo á los movimientos de la fiera en los hierros de su jaula. Todos ellos anunciaban una extraordinaria sobreexcitación, que corría desde los músculos y nervios á las ideas, y desde las ideas á los músculos y nervios. Las ligeras arrugas de su frente proventan más bien de los insomnios del placer que de las sombras del remordimiento. Una línea vertical tendida en el entrecejo, señalaba concentración extrema siempre que algún pensamiento capital embargaba su ánimo. La nariz remangada decía, mucho más que su mirar, de la volup-

tuosidad, en cuyos sirtes se encenegaba su alma. Arrugábala, cuando alguna pasión muy fuerte le poseía, como la arruga el caballo cuando relincha. Sus gruesos labios contribuían á expresar el vicio sobresaliente de su vida, la sensualidad, templada sólo por la contracción de una fina ironía. En su barba, fuertemente delineada y muy espesa, revelábase la violencia de su voluntad. Estaba tan colorado, que parecía tener como el león, accesos continuos de fiebre. La parte inferior del rostro dominaba en él sobre la parte superior, como las pasiones sobre la conciencia en su moral. Pero, en medio de todo, la movilidad de su fisonomía era tal y tanta, que unas veces tomaba de ave rapaz aires, otras veces de astuta raposa, y otras veces de fiero león. Su cuerpo era el cuerpo de un guerrero indomable ó de un cazador feroz acostumbrado á los continuos ejercicios del cuerpo, que aumentan la natural robustez y oponen resistencia insuperable á los excesos, más deterioradores de las fuerzas intelectuales que de las fuerzas físicas. Indudablemente, como ciertos animales tienen sus órganos adaptados al fin que han de cumplir en el Universo, tienen ciertas criaturas la complexión propia del me-

dio social en que nacen, viven, crecen. El caballero feudal correspondía por completo al feudalismo. Se hubiera dicho que era una fortaleza espantable andando, movida por sus pasiones interiores, y erizada de armas; un objeto sin razón y sin conciencia sometido al fatalismo ciego de la fuerza. Por tanto, había en él mucho de lo que hay en el carnicero, acostumbrado á derribar reses y á oler y aspirar sangre por necesidad en el matadero, y mucho de todas las alimañas que libran su existencia eternamente al combate y viven de la matanza. Ya en pleno siglo décimosexto, asemejábase al hombre férreo de los siglos bárbaros, en los cuales sólo reinaba la guerra.

La condesa, que se había sentado, como hemos dicho, á esperarlo en su alta silla de honor, levantóse, así que le viera entrar, y se dirigió á él con ese movimiento indeliberado de los corazones poseidos por el amor, que tanto los asemeja de suyo á las moles del Universo, obedientes por virtud y obra de la cohesión y de la atracción á las moleculares afinidades y á la universal armonía. Sus ojos buscaron los ojos del conde, los ojos del marido; y de no hallarse allí tanta muchedumbre, sus labios hubieran

buscado también los labios: que la infeliz señora tenía, como característica de su espíritu y como cualidad culminante de su ánimo, el amor conyugal. Pero Helseinstein, ¡ah! no le pagaba en igual moneda. Tomando del amor solamente la parte material y física, desdeñaba la mujer elegida por esposa, y seguía los vanos aleteos del capricho sensual, y buscaba los cambios que aguzan las grandes sensaciones y enardecen y avivan la sangre. Por tanto, respondió con verdadera indiferencia, y como si en realidad no la hubiera visto, al cariñoso afecto de su esposa y á las vivas demostraciones de satisfacción y contento con que le recibiera en su esperada vuelta. La increíble aparición de la hermosa y desconocida sierva, recatada por el cuidado de sus padres á las garras del milano feudal, habíale vuelto la cabeza, y poseídole la idea y embargádole la voluntad con tal poder y fuerza, que no veía, cual si el mundo entero desapareciese á sus ojos, ni otra persona, ni objeto alguno; propia cualidad de todas estas embriagueces de la sangre á que se hallan temperamentos como el temperamento de Helseinstein, por sus íntimas inclinaciones, condenado. Allí, en medio del bullicio; cuando todas las frentes

se inclinaban en su presencia; cuando las damas, compañeras de su mujer, le circuían como bandadas de mariposas; cuando la orquesta despedía sonatas alegres; él, solo él, estaba silencioso y absorto en la interior abstracción de sus pensamientos. La condesa, persuadida de que no podía llamar la voluble atención de su marido, cuando salía fuera de sí con tal apartamiento de aquello que le rodeaba, separóse á un lado y dejó libre acceso á las damas y caballeros presentes, para ver si lograban sacarle alguna palabra y divertirlé de aquel extraño silencio.

—¿Habéis hallado alguna nueva, próspera ó adversa, en vuestro regreso? preguntó al conde un gentilhombre muy viejo, que tenía trazas de pertenecer, por la solemnidad increíble de su porte y por la rozaga de su manto, al coro de los electores imperiales.

Pero el conde no respondió.

—¿Sabéis algo de la guerra?—tornó á preguntar con grande insistencia.

Pero el conde se replegó de nuevo como si estuviera ciego y sordo, en su implacable indiferencia. El elector le volvió las espaldas y fué á sentarse junto á la condesa en el estrado de honor, para la gente de proapercibido, sin manifestar la más mínima

contrariedad, como si estuviese de antiguo acostumbrado á los desaires, ó por lo menos á las distracciones del conde.

—Distraído está el esposo, dijo el desairado al acercarse al sitio donde se hallaba la condesa.

—Ya sabéis,—le respondió ésta muy encendida de color y muy contrariada por la observación,—qué padece de tales distracciones.

—Ya,—añadió el príncipe instintivamente.

—También es su defecto único,—dijo la condesa.

—Único...—murmuró el príncipe.

—¿Qué?—preguntó la condesa como si no hubiera oído la observación enojosa.

—Nada,—respondió el príncipe mordiendo los labios, y notando la desagradable impresión producida por sus palabras en el ánimo enamorado de la triste y amantísima esposa.

—Veamos si podemos distraerle con su arte favorito, la música.

—Sea en buen hora.

—¡Bertha!—dijo en voz muy alta la condesa dirigiéndose á una de sus damas.

—Señora,—respondió Bertha.

—Que aperciban los instrumentos de música.

No acababa la condesa de proferir tal palabra, cuando sonaron alegres cascabeles, y tras los cascabeles sonorísima flauta, que hacía originales y divertidas escalas. Una risotada respondió á tales ecos, risotada salida del grupo de cortesanos, que saludaban con regocijo al bufón del conde, llegado como por arte mágica en aquel minuto, á la imperiosa voz de su dama, y bailando y flautando con gestos extrañísimos. Las carcajadas correspondientes al flauteo, pudieron lo que no pudo el amoroso acento de la condesa; y Helseinstein salió de su profunda modorra y levantó la cabeza, inclinada desde su arribo profundamente sobre el pecho.

—Quitadme tal majadero de delante, ó lo echo al foso por la ventana,—dijo con rabia.

—Que lo despidan,—añadió la condesa con resignación.

Y el pobre, á cuyas posaderas arrimaron varios puntapiés los circunstantes mismos, tan dados á divertirlo y adularle, si el conde lo agasajaba, se retiró, no sin lanzar extraño gemido, semejante al maullar del gato y al ahullar del lobo, á cualquier voz animal, que no fuese la voz humana.

Entonces una doncella, que junto á la castellana de pié se veía, dirigióse al aparcador, y tomando rico ejemplar de antiguo calamo griego, en marfil, con relieves del Renacimiento y siete tubos, lo tocó, y tan á maravilla y con tal arte, que regaló dulcemente los oídos abiertos y atentísimos con una melodía parecida de suyo á pastoril y deliciósísima glosa. Bien al revés de cuando el bufón tocára, quedóse como absorto el conde, fijos los ojos en el suelo, pero alegre y reanimado el semblante, ora fuese porque la hermosura de aquella especie de musa mímica le calmara, ora fuese porque la regalada y agreste melodía le trajera con sus acentos al corazón y al oído, el recuerdo regocijante de la hermosa campesina, cuyas gracias habian cautivado su alma y tenido como en suspenso todas sus facultades, todas, desde la hora en que la viera, de alegría radiante, por las placenteras majadas.

Viendo la condesa, verdadero ángel de su hogar, que recreaba dulcemente al marido idolatrado la música, hizo que otra de sus damas tocase la cítara teutónica de áureas cuerdas puestas en triángulo argenteo, la cual derramaba por los aires bien rara sua-

vidad con sus melodiosos acentos, acompañados por el salterio, de tonos bajos y graves, henchidos por una solemnisima poesía. Entonces uno de los jóvenes que formaban el acompañamiento de tan poderoso y soberbio señor, se adelantó con su laud en la mano, dispuesto á tañer dulce acompañamiento, propio para sustentar, cual en dos alas, el verso majestuoso de un viejo é inspirado romance germánico. El son de las arpas seguía como un coro al acorde sublime de la viola, prestándole toda suerte de apoyos al compás de sus maravillosas cadencias. Estos eran los aficionados al divino arte. En una especie de tribuna, fuera del salón colocada, pero bastante sonora y armoniosa, estaban los músicos de oficio, quienes á un tiempo servían para los conciertos, los bailes y la capilla. Con sus zapatos de paño, sus calzas prietas, su jubón acuchillado, su manto de lana por los hombros, sus grandes violines y monocordios en las manos, componían el lado verdaderamente oficial y técnico de la fiesta. Entre todos ellos descollaba Melchor, en quien los últimos sucesos habian aumentado la natural tristeza y que, doliéndose de su servidumbre antigua y de los latigazos recientes, acariciaba

cada vez con más ardor sus terribles proyectos de venganza, y atizaba cada vez con más empeño el fuego de la revolución que debía derretir las cadenas de los siervos y derrumbar las piedras de los castillos. El conde lo ve, y un solícito pensamiento pasa por su inteligencia.

—Ven, canalla,—le dice con aire zumbón y taimado, en uno de los intermedios.

—Señor...—le contesta el siervo doméstico bajando la frente hasta rozar con ella en las rodillas.

—Eres un bribón.

—Perdone, señor mío, perdone.

—Un luterano...

—¡Oh!

—Indigno de lo mucho que me gusta tu arco y tu violín.

—Como queráis, señor.

—Ya, ya, como quiera. Bueno eres tú.

—¿Yo?

—Tú.

—Pues si debo decirlo que soy tan ciego instrumento, como el mismísimo que toco.

—¿No volverás á tocar el coral de Lutero?

—No señor.

—Así me gustas, humilde.

—¿Tocarás el aire favorito mío?

—Lo tocaré.

—¿El aire de Santa Cecilia?

—El aire de Santa Cecilia.

—Así me gustas, repito, humilde, muy humilde.

—Gracias, señor.

Y el conde, al llegar á este punto de la conversación, bajó todavía más el tono de su voz, y dijo:

—¿Tú conoces la comarca vecina del posadón de Santiaguillo?

—Vaya si la conozco,—respondió Melchor.

—Miren cómo el conde habla largo y tendido con el violinista,—dijo la joven Bertha con distracción al viejo elector, sin duda por decirle algo.

—Se ha distraído ya con la música, y sin duda le ordena que toque alguna de sus tocatas favoritas,—exclamó la condesa que nunca dudaba de su marido.

—¿Cómo tan hermosa garza real se habrá por tanto tiempo escapado á mis deseos? Preguntaba el conde á Melchor.

—No sé.

—¿Tiene?

—Veinte años.

—¿Su padre?

- Un labrador.
 — ¿Su novio?
 — Santiaguillo en persona.
 — ¿Santiaguillo?
 — Como suena.
 — Me alegro.
 — Tanto mejor.
 — Vaya si me alegro.
 — Pues no hay nada que decir.
 — Tendrá indudablemente á mucha gala...
 — ¿Qué?
 — Que yo le ceda para sus goces en el día de su matrimonio una zagala sierva, elevada, y merced á mi amor, hasta llevar por sus venas plebeyas verdadera sangre imperial.
 — Señor...—dijo el músico, dando á esta palabra usada con frecuencia en el lenguaje servil acento de observación.
 — ¿Qué vas á decir?
 — Nada.
 — Como tomabas ese aire insolente, con frecuencia empleado por ti, cuando te olvidas de que eres misero escabel de mis plantas.
 — Si no puedo siquiera dirigir una útil advertencia de siervo á mi señor, me callaré.
 — No, no te calles.
 — Y me volveré á la jaula donde canto.
 — No, no te vuelvas.

- Pues Santiaguillo tiene malas, muy malas pulgas.
 — ¿De veras?
 — Un deber de lealtad me obliga señor á decirlo.
 — ¡Bah!
 — No debe olvidarse lo que ha pasado en esta contornada.
 — ¿Pues qué ha pasado?
 — Que un padre, no un novio, un padre, á quien el señor de la tierra se presentó en requerimiento de su hija, invocando el privilegio de antiguos usos...
 — ¿Habrá resistido? Los tiempos están muy levantiscos y alterados con las dichosas revoluciones religiosas.
 — Hizo más.
 — ¿Qué hizo?
 — Cogió al caballero por los pelos y le metió la cabeza dentro de la caldera, donde estaba hirviendo el rancho para toda la familia.
 — ¡Bah! Santiago no se atreverá de seguro á tanto.
 — Quizás, señor, se atreva Santiago á más.
 — ¿Cómo?
 — La pasión por excelencia de su corazón es el amor.